

Sexualidad y espiritualidad*

MARTA CONTRERAS**

Me referiré a este tema entendiéndolo como una polaridad. Abriré el tema con algunas preguntas que ponen en evidencia la comprensión que de ambos polos se tiene en algunos contextos significativos de nuestra cultura. Sin pretender agotar el desarrollo de estas entradas en materia, las propongo como una manera de regular la exposición y/o discusión sobre la materia. ¿Qué es la sexualidad, cómo se entiende y cómo se actualiza en formas verificables de nuestra experiencia en los planos materiales y simbólicos? ¿Qué estamos entendiendo por espiritualidad y de qué manera se verifica esta área del ser en nuestra organización de vida y sentidos? ¿Desde dónde se habla? (Cuál es el escenario en el cual se actúa. Entiendo por escenario aquí los elementos de la historia del sujeto que habla y que determinan su identidad). Hay que definir el punto de hablada para que se dibuje un territorio desde el cual se pueda dialogar sobre un asunto crucial en todo proyecto educativo consciente.

Entraré en este territorio conceptual recurriendo a algunas referencias literarias. Cito:

“No bastó el amor de Carmen para alcanzar el grado más alto de credulidad, aunque ella fue el primero y último atisbo de la verdad.

* Una primera versión de este trabajo fue leída en las *Jornadas de Sociedad, Poder, Sexismo en la Educación* realizadas en la Universidad de Concepción en enero de 1992 y organizadas por el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, de la misma Universidad.

** MARTA CONTRERAS: Profesora de Literatura y Teoría Literaria en la Universidad de Concepción.

Pues nada entrega la certeza de una espiritualidad posible como el cuerpo desnudo de la mujer que se ama y que nos ama”¹.

El sujeto de esta enunciación es masculino. Su visión del cuerpo de la amada lo conecta con una posible espiritualidad, estableciéndose entonces un puente entre una percepción material y la emoción que ella produce y algo que eventualmente podría llamarse espiritualidad.

Dante, en el nacimiento de la modernidad hace una proposición semejante a ésta en tanto que convierte la visión de la amada, una figura de mujer, en una vía de ascenso místico. Entre *La vida nueva* y la *Comedia* se desarrolla una hipótesis sobre la accesibilidad a la salvación o a la gracia del paraíso a través de una figura, la de Beatriz, que anuncia y dirige a la vez hacia un sentido divino de total iluminación.

¿Quién es Beatriz? Una mujer, una niña, una manifestación de Dios que con su belleza permite al joven niño (me refiero a *La vida nueva*) ingresar a un espacio de contemplación alterada de la realidad cuya forma es la imagen de Beatriz. El mundo que habita el joven es la imagen de Beatriz. El poeta escribe sobre esta experiencia y reflexiona sobre la naturaleza de esta experiencia cuya función está ligada en la representación. Esta escritura es el intento de descifrar el misterio de la misma y de los números cuya repetición ordena este universo de manera cabalística y lo vuelve a la vez penetrable y oculto. Sólo una parte de lo envisioned es referida explícitamente, otra parte queda dicha, cubierta por las palabras, pero no es mostrada. Ahora bien, el estado de contemplación en tanto que trance místico queda fuera de la representación, la cual está destinada a figurar los movimientos internos del alma del narrador y los efectos que los elementos de la realidad exterior producen en él. Esta representación comprende una teoría del amor, de la belleza, de la moral, un concepto del hombre, del ser humano. Se trata de proponer una hipótesis sobre el sentido de la vida humana a través de su exposición en un estado límite de experiencia que extrema su capacidad de sentir y de percibir permitiendo al sujeto ingresar en la contemplación amorosa cuya naturaleza se define por la intensa experiencia de la felicidad y el dolor.

El personaje vive ambos polos fuera de todo control de su voluntad. La

¹ Enrique Valdés. *Trapananda*. Santiago, Nascimento, 1983.

única acción voluntaria que puede realizar es la de asistir a los procesos internos y externos que lo afectan. El sujeto procesa verbalmente las experiencias que vive a través de una poética que se presenta como actividad iluminadora, controladora, edificante cuyo trabajo es transmutar los materiales primarios emocionales y físicos de la figura. La figura de Beatriz es prefiguración de la divinidad y el sentido o dirección de la escritura es recomponer ese hecho a través de claves que señalan su naturaleza divina en frente de una experiencia limítrofe como la muerte que a la vez que quita de la experiencia sensorial la belleza de Beatriz, anuncia una otra vida que es la del espíritu eterno: *La vida nueva*.

La herencia canónica se puede decodificar con los elementos explícitos de una poética fundadora de la lengua nacional, que se autoriza a sí misma y estima la pertinencia del objeto de la representación en tanto que capaz de bordear, dibujar, aún sin referir directamente, un área trascendente de realidad desde la cual la historia amorosa se perfila en su dimensión real. La contemplación implica la interdicción del erotismo y su sublimación en una realidad trascendente que pone el cuerpo en castigo físico, tabú o negación.

Bataille nos ayuda a ver esto desde otro lugar con su recolección sobre el erotismo en la cual señala que “fuera del cristianismo, el carácter religioso, sagrado del erotismo pudo aparecer a plena luz, con el sentimiento sagrado dominando la vergüenza. Los templos de la India abundan en figuraciones eróticas talladas en la piedra, en las que el erotismo se da por lo que es de una manera fundamental, por divino”².

Veamos otro texto: “Como la ínfima gota de agua, que al mezclarse con el vino desaparece y adquiere el color y el sabor del vino, como el hierro incandescente, que se vuelve casi indiscernible del fuego y pierde su forma primitiva, como el aire inundado por la luz del sol que se transforma en supremo resplandor y se funde en idéntica claridad, hasta el punto de no parecer iluminado, sino él mismo luz iluminante, así me sentía yo morir en tierna licuefacción, sólo con fuerzas para musitar las palabras del salmo: “Mi pecho es como vino nuevo, sin respiradero, que rompe odres nuevos”, y de pronto vi una luz enceguedora y en medio una forma del color del zafiro que ardía con un fuego esplendoroso y muy suave, y esa luz brillante se

² George Bataille. *El erotismo*. Barcelona, Tusquet, 1988.

irradió a través del fuego esplendoroso, y ese fuego esplendoroso a través de la forma rutilante, y esa luz enceguedora junto con el fuego esplendoroso a través de toda la forma.

Mientras, casi desmayado, caía sobre el cuerpo al que me acababa de unir, comprendí, en un último destello de lucidez, que la llama consiste en una claridad esplendente, un vigor ingénito y un ardor ígneo, mas la claridad esplendente la tiene para relucir y el ardor ígneo para quemar. Después comprendí qué abismo de abismos esto entrañaba”³.

Se recupera en este texto el carácter doble de la experiencia sexual. Por una parte es una experiencia de un hombre joven que en la inmadurez de su juventud experimenta algo que en su madurez rechaza como abominable y en contraposición con su vocación espiritual. Por otra parte la situación de nuevo es la de un hombre que enuncia sobre una figura femenina y su experiencia de la luz a través del acto sexual.

A través de estas citas y referencias vemos tres modalidades diferentes de proyectarse en imágenes una relación posible entre sexualidad y espiritualidad, dado el caso de un hablante masculino con un objeto de enunciación femenino y siguiendo tres etapas diferentes de aproximación al objeto femenino.

Primero, visión de la amada. Sólo a través de la contemplación de la belleza de Beatriz el poeta propone un camino de perfeccionamiento espiritual que lo conduce a la iluminación. La lectura-interpretación católica de la imagen de Beatriz que encontramos en los textos comentados es preceptiva. Beatriz debe ser interpretada como la teología. Borges dice que la *Comedia* es un pretexto de Dante para poder incluir una imagen, un encuentro con Beatriz, a quien nunca pudo tener. Más allá o más acá de estas interpretaciones, nos llama la atención en el texto del Dante el rigor de la construcción del camino de salvación que puede entenderse como una progresiva concentración, de modo que toda la atención y la energía del sujeto se focalizan en la forma de la belleza de Beatriz que a su vez es la forma a través de la cual habla la belleza –bondad– infinita de Dios.

Desde el punto de vista de la construcción de las imágenes y de la resolución de los roles femenino y masculino, queda en el aire la pregunta de esta insistencia en convertir la imagen de una mujer en figura de lo trascendente. Este aspecto es comentado por Oscar Ichazo cuando compara los caminos místicos del

³ Humberto Eco. *El nombre de la rosa*. Barcelona, Lumen, p. 303.

budismo y de la Escuela Arica. La figura de una mujer, la figura de un hombre cumplen diferentes roles en el sistema de imágenes con las cuales se articulan, se representan o se metaforizan los niveles trascendentes del ser.

Una segunda relación explícita entre el polo sexual y el espiritual está documentada en el texto de Valdés como un comentario de pasada que se pierde en la maraña de otras instancias y donde se rescata ese momento como una iluminación puntual y sólo potencial que no se actualiza en ningún proyecto o metodología de acceso a formas superiores de experiencia. Sigue siendo platónica la imagen pero sin el correlato de una interpretación globalizadora del mundo, sin una episteme, filosofía general o teología que incorpore el hecho, sino que como un dato casi casual, inconexo, intrascendente para una conciencia que se desplaza perdida entre innumerables signos-objetos materiales que le son idénticamente significativos o no significativos. Quiero decir con esto que no hay aquí la formulación de un proyecto, la enunciación de una esperanza de salvación ni la construcción de un universo estructurado jerárquicamente como en el caso del Dante.

El tercer texto, de Eco, pone en escena un tercer nivel de relación con el cuerpo de la mujer en la descripción siempre desde la experiencia de una figura masculina de una unión corporal que es experimentada como una iluminación momentánea. Cabe notar aquí que no hay noticia sobre la mujer quien en el relato al que me refiero es una mendiga sin voz, sin discurso. Posteriormente, en el relato, es acusada de bruja, es decir, de tener tratos con el demonio y es condenada a la hoguera.

Preguntas: ¿Es la figuración femenina como vía de trascendencia una convención poética? ¿Se puede transformar la figura en su opuesto proponiendo la figura masculina como objeto de contemplación amorosa y figuración de una vía de trascendencia espiritual? ¿Implica esta figuración una particular manera de entenderse la sexualidad y la espiritualidad que cruza las nociones de género, es decir, los proyectos educativos sociales básicos a través de los cuales un grupo humano se constituye como tal?

Con estas preguntas estamos dibujando un campo de reflexión que obliga a abrir el marco de referencia sobre el tema a órdenes de la realidad diferentes del cristiano occidental. La sexualidad y la espiritualidad se formulan de diferente manera en diferentes órdenes espirituales; afirmamos que la espiritualidad no es la espiritualidad cristiana exclusivamente sino que cualquiera forma de su manifestación humana en cualquier lugar del planeta. Luego que la formulación y resolución de los niveles simbólicos a

través de los cuales se proyecta una cultura hacia la trascendencia son alternativos y que su materialización difiere de una escuela espiritual a otra. En todas las líneas espirituales de las que tenemos noticia se establece una relación entre espiritualidad y sexualidad sea a través de la negación y exclusión, o aceptación y regulación.

Advertimos que los textos eróticos conducen a releer el cuerpo en una dimensión que lo hace visible y lo salva a partir de un reconocimiento que no construye zonas de tabú sino que acepta la misteriosa capacidad de goce físico como una de las más potentes energías que animan el cuerpo.

En el proyecto espiritual occidental cristiano parece haberse enfatizado la negación de la sexualidad. Eso genera un orden social que oculta o niega y lleva a los barrios marginales o extramuros la realización de los rituales corporales prohibidos. Esto se agrava en el proceso de la colonización que convierte a la india en objeto de uso del conquistador y sin la jerarquía que le permita fundar familia, es decir una sociedad integrada. O sea la sociedad patológicamente desequilibrada y heterogénea que vivimos en Latinoamérica.

Esa misma línea de sentido ofrece un proyecto educativo para la mujer que la convierte simbólicamente en vía de acceso a la luz, lo cual degenera en una institución matrimonial sagrada pero básicamente mentirosa que se complementa con una otra opción prostibularia que resuelve la negación por la vía de la comercialización y abuso del cuerpo de la mujer. Los dos extremos se alimentan y se apoyan. Se justifican uno al otro.

¿Hay otras opciones? ¿Puede la mujer tener un proyecto espiritual? ¿Cómo lee la mujer su propio erotismo y sexualidad? Las entradas posibles a la dilucidación de estas preguntas desde la literatura tomada como documento –escrita por mujeres– permite apreciar diferentes resoluciones en las cuales se empieza a llenar un vacío de discurso como en la de Juana de Ibarbourou por ejemplo.

En la obra poética de Ibarbourou encontramos una cierta imagen del cuerpo físico, asociada a una cierta forma de erotismo y sensualidad. La comprensión, figuración del cuerpo es un elemento importante a considerar, ya que de sus fragmentos se puede restituir una red de sentidos que testimonian un orden de relaciones sobre los temas que nos interesan.

Para pensar la sexualidad femenina es necesario verla en su historia documentada poéticamente. Ibarbourou asume un yo femenino que expone su cuerpo, en tanto que cabello, piel, pechos, labios, iluminado por una serie de imágenes: abeja, mariposa, falena, rosas, dalias. Estas figuras entran en la serie de

asociaciones tradicionales con lo femenino, pero por tratarse de un sujeto femenino el que enuncia adquieren un carácter particularmente desenfadado.

El cuerpo amoroso y erótico se proyecta en su sentido más completo en una conciencia que, ni femenina ni masculina, se enfrenta a la muerte y al deterioro del tiempo. Desde la conciencia de la fugacidad del cuerpo material, el sujeto poético exhorta al goce amoroso o disuade del mismo en una tensión que al avanzar en su producción poética la lleva a manifestar su atracción hacia objetos no narcisísticos o hedonísticos. Del propio cuerpo herótico y del cuerpo del otro se desplaza la proposición poética hacia el cuerpo poético y el cuerpo divino. Este es un proceso que se da en el tiempo y se puede seguir en la cronología poética de Ibarbourou.

Otros documentos poéticos femeninos más contemporáneos son los poemarios de Marina Arrate⁴, quien propone una corporalidad que aparece en primer plano ritualizada en los actos íntimos del maquillaje y el vestido cuya culminación es orgásmica y centrada en el cuerpo de la mujer. Ya no se trata de una experiencia vista desde la perspectiva del varón sino que desde la perspectiva de la propia mujer que dueña de su cuerpo se goza en el goce de su hermosura y sensualidad desdeñando las zonas de tabú y verbalizando precisamente desde el límite.

La prohibición llega a su máxima expresión cuando el objeto del deseo no es heterosexual. Gloria Anzaldúa, escritora chicana, dice: “Para la lesbiana de color, la rebelión última que ella puede hacer en contra de su cultura nativa es a través de su conducta sexual. Ella va en contra de dos prohibiciones morales: sexualidad y homosexualidad. Siendo lesbiana, y educada católica, adoctrinada como heterosexual, yo hice la elección de ser rara. Es un sendero interesante, uno que continuamente entra y sale de lo católica, lo mexicana, lo indígena, lo instintiva. Es un camino de conocimiento, uno de conocer y aprender la historia de la opresión de nuestra raza. Es una manera de balancear, de mitigar la dualidad”⁵.

Estas muestras son una manera de abrir un área de reflexión que debe completarse con múltiples testimonios y experiencias que permitan dibujar un panorama real más completo de la sexualidad humana con todas sus especies, permitiendo con ello autorizar su campo de validez y restringirlo al mismo tiempo

⁴ Marina Arrate. *Este lujo de ser*. Concepción, Lar, 1986; *Máscara negra*. Chile, El Mirador, 1990; *Tatuaje*. Chile, El Mirador, 1993.

⁵ Gloria Anzaldúa. *Borderlands La Frontera The New Mestiza*. San Francisco, Spinters, 1987, p.19.

en un proyecto de balance que restituya a la espiritualidad su valor propio.

Oscar Ichazo, dice al respecto: “Hablando muy generalmente, el sexo ha sido considerado vitalmente importante en toda la sicología contemporánea desde Sigmund Freud. Es sólo recientemente que hemos visto la explosión del interés espiritual apareciendo en la sicología. Más y más la sicología entiende el espíritu como conteniendo la explicación final para nuestras enfermedades, para su tratamiento y cura. El espíritu es lo que sostiene la vida. Si miramos a nuestra siquis veremos que estamos lidiando con dos polos igualmente importantes en la siquis humana. Si ellos colapsan, toda nuestra siquis se paraliza. Necesitamos una polaridad que unifique en nuestra siquis el polo sexual y el polo de unión (espiritual)”. Estos polos tienen su asiento en sistemas orgánicos⁶.

Se trata de una concepción globalizadora e integral a la vez que analítica del ser humano donde se plantea la necesidad de conocer científicamente el organismo humano. El proyecto educativo para un ser humano completo no puede dejar fuera ninguno de los aspectos mencionados y la lectura de los polos espiritual y sexual debe ser considerada dentro de una sicología contemporánea, una lógica y una episteme adecuada a la realidad de los cambios históricos, para los cuales las formulaciones y representaciones del pasado no nos sirven.

Refiriéndonos específicamente a nuestra cultura chilena e hispanoamericana, se hace evidente la necesidad de releer y reformular las distribuciones simbólicas que proyectan nuestra cultura en dirección de la violencia y la ignorancia. La semilla de esa reformulación reside en la correcta proposición para la vida de la pareja humana desde donde surge el nuevo orden social.

Reformulaciones de esta naturaleza permitirían desarrollar un proyecto que desestime por bárbaras las discriminaciones de género, de raza, de edad, de credo, etc. Asumir las necesidades espirituales, intelectuales, emocionales y físicas de los seres humanos y conocer científicamente el organismo humano (común a la especie) son acciones imprescindibles para un trabajo de reconocimiento sin el cual no podremos alcanzar las metas que hoy nos desafían. Desde este punto de vista, es pertinente reflexionar, también, sobre la sexualidad y la espiritualidad en la tercera edad con vistas a mejorar el conocimiento de lo que ocurre en esa etapa de la vida y ampliar las posibilidades de realización para este grupo humano que, como otros, puede ser objeto de prejuicios o segregación más que de conocimiento e integración.

⁶ Oscar Ichazo. *Between Metaphysics and Protoanalysis a Theory for Analysing the Human Psyche*. New York: Arica Institute Press, 1982.